
Entrada libre

Reflexiones sobre la historia del profesor de historia

Felix Gilbert

Este escrito se leyó originalmente en Filadelfia, el 29 de diciembre de 1963, ante el Congreso del Almuerzo de la Sección de Historia Moderna de Europa, de la Asociación Histórica de Estados Unidos. Más adelante, Felix Gilbert lo incluyó en *History: Choice and Commitment*, Cambridge y Londres, The Belenkap Press, 1977. N.B. Traducción de Antonio Saborit.

“**A**l decir que hoy me presento ante ustedes no sin cierto sobresalto, no expreso una mera cortesía de la profesión en el orden de lo convencional.” Éstas fueron las palabras con las que J.B. Bury abrió su cátedra inaugural como *Regius Professor* de Historia Moderna en la Universidad de Cambridge en 1903. La pieza lleva por título “La ciencia de la historia”, nada más que la cortesía que Bury experimentó al dirigirse a su público no provenía de las dificultades propias de un tema discutido con harta frecuencia por filósofos e historiadores pero que en términos generales parece eludir las conclusiones aceptables y aceptadas. Bury estaba bastante seguro de que sabía lo que era la ciencia de la historia; la dificultad que lo mortificaba era la de hacerle justicia a un tema tan amplio y de enorme importancia y magnificencia.

Bury veía la historia como “una fuerza poderosa para arrancar de los ojos de los hombres la venda del error, para moldear a la opinión pública y para impulsar la causa de la libertad intelectual y política”. Si antes la historia no cumplió con estos cometidos fue porque formaba parte de la literatura o de la filosofía, o porque el historiador buscaba la utilidad inmediata y se ocupaba de los problemas de la semana y del año siguientes. Ahora los historiadores ya eran capaces de logros más elevados y trascendentes porque de un tiempo a esa parte, como decía Bury, “en tres generaciones, en tres breves generaciones, la historia empezó a olvidarse de su irresponsable manera de proceder en el pasado y se preparó para ingresar a su nuevo reino”. Los conceptos y métodos incorporados al estudio de la historia en el siglo

Bury veía la historia como “una fuerza poderosa para arrancar de los ojos de los hombres la venda del error, para moldear a la opinión pública y para impulsar la causa de la libertad intelectual y política”. Si antes la historia no cumplió con estos cometidos fue porque formaba parte de la literatura o de la filosofía, o porque el historiador buscaba la utilidad inmediata y se ocupaba de los problemas de la semana y del año siguientes.

XIX permitían el establecimiento de una verdad objetiva sobre el trayecto del desarrollo histórico. “La historia,” según Bury, “se convirtió sencillamente en una ciencia, ni más ni menos.”

Sesenta años después, todas las preguntas que en opinión de Bury estaban resueltas empezaron a abrirse de nuevo. Muchos opinan que el que la historia se separara de la literatura significó una pérdida antes que una ganancia. Nos preguntamos si la historia es una ciencia, y, de serlo, hasta qué punto lo es; a duras penas sostendríamos que el historiador está seguro de las formas del futuro y de que pueda mostrarles a los demás el camino del progreso. La aseveración de Bury sobre la promesa contenida en la consecución de la ciencia de la historia puede leerse únicamente con una sonrisa y acaso con envidia por la optimista fe que, al comenzar el siglo XX, los historiadores académicos tenían en el valor y en la utilidad del trabajo que desempeñaban.

El optimismo de Bury —evidente en su referencia a las tres breves generaciones que habían pasado desde que la historia ingresara a su reino— se fundaba en el cambio revolucionario que en el siglo XIX experimentó el saber histórico. Tal vez nosotros no compartamos el espíritu optimista que permea la alocución de Bury, pero el hecho es que representa un fuerte indicio de la sensación de que en el siglo XIX se abrió una nueva era en el estudio de la historia, de que la historia se transformó en algo fundamentalmente distinto de lo que era antes. Los historiadores nos enorgullecemos de imaginarnos parte de una antigua profesión y de contar a Heródoto, Tucídides y Tácito entre nuestros miembros. Pero en momentos menos públicos me parece que ninguno de nosotros sostendría su procedencia de tan célebre árbol genealógico, no sólo porque ya no podemos hacer lo que esos historiadores hicieron sino también —y me parece que es verdad— porque en realidad no queremos seguir haciendo lo que hacían estos hombres. Tal vez no nos consideremos “científicos” y tal vez la expresión “ciencia” no nos parezca la adecuada para lo que hacemos; pero tampoco somos meros escritores de historia. Somos historiadores académicos. Nuestro trabajo forma parte de ese complejo institucional en el que en los tiempos modernos se ha desarrollado el cultivo del saber y de la ciencia. Éste fue el sello que la historia recibió en el siglo XIX.

Por lo general, conectamos la transformación de los estudios históricos que ocurrió en el siglo XIX con los movimientos intelectuales más amplios que surgieron en oposición a las ideas de la Ilustración y de la Ley Natural; con el nacionalismo y el romanticismo; con el énfasis en las ideas de individualidad y organismo colectivo; y con la adopción de un nuevo método crítico indispensable para la aplicación de estas ideas y conceptos a la escritura de la historia. No se puede negar la importancia crucial del historicismo para el desarrollo del pensamiento histórico y del trabajo histórico en el siglo XIX. Sin embargo, tengo la impresión de que concentrar el interés en los movimientos intelectuales y en las tendencias que le dieron un nuevo significado al estudio de la historia, oculta en cierto modo los cambios institucionales que acompañaron al desarrollo del saber histórico, así como aquello en lo que se respaldó este desarrollo. Entender la estructura institucional en la que se acomodó el estudio de la histo-

ria es de una importancia crucial. Éste es el tópicos que quiero tratar; para ser precisos, quiero ensayar algunas reflexiones sobre la historia del profesor de historia.

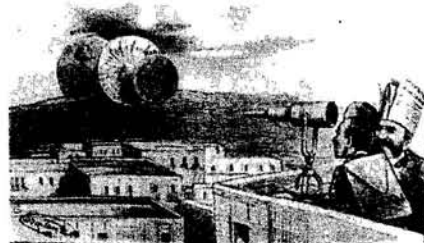
Debo confesar que antes de realizar alguna investigación sobre el tema, ignoraba que el profesor de historia o que las cátedras de historia en las universidades eran una innovación bastante reciente, que los profesores de historia no existían en Europa antes del siglo XIX. Sé que una aseveración tan amplia es errada y que demanda alguna explicación y desarrollo. Antes que nada, afirmar que no hubo profesores de historia antes del siglo XIX no quiere decir que en las universidades no se enseñara la historia. La historia eclesiástica se impartía a los teólogos; existían cátedras especiales para la historia de la iglesia. Del mismo modo, los estudiantes de jurisprudencia recibían clases de historia del derecho porque se pensaba que —cito algunas de las justificaciones que se daban para abordar los estudios del derecho con una perspectiva histórica— “la ley, sin la historia, está ciega”, o “para un abogado la historia es tan indispensable como la luz del sol para la vida”. Pero aunque se ofrecieran clases de historia en las facultades de teología y de derecho, y se puedan localizar cátedras de historia eclesiástica y jurídica, la historia era considerada una ciencia auxiliar, no como un campo que debiera estudiarse por sí mismo.

El lugar de la historia como un campo independiente de estudio habría sido la facultad de artes, sólo que ahí no había profesores de historia. Aquí podría citar parte de una carta que un profesor de la Universidad de Frankfort dirigió al Gran Elector en 1650. Le solicitaba que “toda vez que el estudio de la historia es un campo tan amplio y que requiere todas las fuerzas del hombre”, se le permitiera “impartir clases de historia al margen de los otros campos”. El punto que ilustra esta carta es que la historia, en términos generales, se impartía en conjunción con otros campos.

Las influencias humanísticas fueron las responsables de la elección de los campos con los que estaba conectada la historia. A los humanistas les concernía la historia debido a su valor en la enseñanza de la retórica y de la ética. Así, en las universidades el profesor de elocuencia era también el profesor de historia; sin embargo, la combinación más frecuente y regular era la de la filosofía moral e historia. Se esperaba que en esta combinación la historia lograra lo que desde la edad clásica se tenía como el propósito principal de la historia: instruir a través del ejemplo. Ni siquiera hay que añadir que como se consideraba que la historia era útil a la retórica y a la filosofía moral, los escritos y los acontecimientos históricos con los que lidiaban los profesores eran por lo general los de los historiadores clásicos y la historia antigua.

Ciertamente hay ejemplos que parecen contradecir el esquema que acabo de plantear sobre el papel de la historia en las universidades en los comienzos de la época moderna. Los diversos usos que se les dieron a los escritos de los historiadores de la antigüedad para la retórica y la filosofía estimularon el establecimiento de algunas cátedras de historia antigua; por ejemplo, la cátedra Camden en Oxford, y, en 1724, las cátedras *Regius* de Historia Moderna en Oxford y Cambridge. La creación de estas cátedras parece implicar el reconocimiento de la historia como una institución y como un campo inde-

Tal vez no nos consideremos “científicos” y tal vez la expresión “ciencia” no nos parezca la adecuada para lo que hacemos; pero tampoco somos meros escritores de historia. Somos historiadores académicos. Nuestro trabajo forma parte de ese complejo institucional en el que en los tiempos modernos se ha desarrollado el cultivo del saber y de la ciencia. Éste fue el sello que la historia recibió en el siglo XIX.



...tengo la impresión de que concentrar el interés en los movimientos intelectuales y en las tendencias que le dieron un nuevo significado al estudio de la historia, oculta en cierto modo los cambios institucionales que acompañaron al desarrollo del saber histórico, así como aquello en lo que se respaldó este desarrollo. Entender la estructura institucional en la que se acomodó el estudio de la historia es de una importancia crucial.

pendiente y autónomo de estudio y de enseñanza. Sólo que al leer los documentos que fundaron estos cargos queda bien claro que los profesores de Historia Moderna de la cátedra *Regius* debían dedicarse de manera exclusiva a la formación de diplomáticos —para darle al rey “un abasto consistente de personas bien calificadas para sacar adelante los arduos asuntos y las negociaciones que el Rey pudiera demandar”. Sin embargo, la fundación de estas cátedras *Regius* indica que en el siglo XVIII se desarrolló la idea de que la historia podía desempeñar una función distinta y más amplia de la que tuvo antes como auxiliar de la teología y del derecho, de la retórica y de la filosofía moral.

En la disputa sobre la educación que tuvo lugar en el siglo XVIII, la enseñanza de la historia fue uno de los principales *desiderata* que atacaron el currículum clásico tradicional y que demandaban la impartición de un conocimiento práctico y útil. D’Alembert dejó dicho en la *Enciclopedia* que era penoso que los “estudiantes salieran de la escuela sin saber nada sobre la historia de su país, sobre la geografía, la cronología, la historia mundiales”; y Voltaire comentó a propósito de sus estudios con los jesuitas que “no aprendí si habían hecho prisionero a Francisco I ni dónde quedaba Padua. No se me informó nada sobre el país en el que nací, ni conocía las principales leyes ni los intereses de mi patria. Aprendí latín y tonterías”. Pero la demanda de una mayor instrucción en historia no llevó al reconocimiento de la historia como una materia independiente.

En ciertas universidades, como la de Gotinga, organizada en 1773 sobre principios modernos, la historia se impartía relacionándola con la política, con las investigaciones sobre el desarrollo del comercio, con el cameralismo. Pero como lo indican las observaciones de d’Alembert y Voltaire, se creía que la geografía era el campo que debía asociarse con la historia. La expansión de la industria y del comercio por el mundo, el descubrimiento de antiguas civilizaciones fuera de Europa, el encuentro con los nobles salvajes y su estilo de vida, todas estas experiencias sacudieron el concepto religioso de una historia universal estructurada según el divino designio de un dios cristiano. Así, el conocimiento del mundo entero, fundado en la adquisición de hechos geográficos e históricos, favoreció el tema de una enseñanza más acorde con quienes querían realizar las promesas de un época ilustrada. Luego de que los hombres de la revolución francesa superaran su rechazo original a la historia, porque la sentían conectada con un pasado carente de significado, incorporaron la enseñanza de la historia y de la geografía a los cursos de los colegios y liceos y universidades. No obstante que Napoleón reconocía teóricamente la utilidad del conocimiento geográfico e histórico, era del parecer que de aplicarse con espíritu práctico podía conducir a peligrosas críticas políticas. Sin embargo, en la Sorbona, se conservaron las cátedras de historia y geografía que se crearon en la época revolucionaria. Fue casi por casualidad que de estas cátedras surgió la primera cátedra en la Sorbona dedicada exclusivamente a la historia, toda vez que la necesidad de crear un puesto para el joven François Guizot fue la que en 1812 llevó a la transformación de las dos cátedras de historia y geografía modernas e historia y geografías antiguas en tres cátedras: una para geografía, una para historia antigua y una para historia moderna.

Desde luego que sería erróneo atribuir el surgimiento de la historia como un campo independiente de la enseñanza universitaria nada más a circunstancias accidentales y motivos personales. El debilitamiento de los lazos entre la Iglesia y el estado en la época revolucionaria, la expansión de la autogestión, la aceptación del concepto de ciudadanía general, todos estos factores obligaron al estado a asumir un papel más activo en el terreno de la educación e hicieron de las universidades los centros a través de los cuales se inspiraría la lealtad al estado entre sectores cada vez más amplios de la sociedad y a través de esos centros se asimilaría a estos sectores al grupo gobernante. Así, al fortalecer la coherencia interna del estado, por medio de conquistas de tipo moral, los reformistas parisinos esperaban compensar la pérdida de territorios, y vieron en la reorganización del sistema educativo un elemento esencial en su tarea.

En la Universidad de Berlín, establecida para asumir los nuevos conceptos de la educación superior, fue que la historia se estableció como un campo independiente de estudio. Los desarrollos que llevaron a la emancipación de la historia de otros campos son característicos del papel que se esperaba que la historia tuviera en la nueva sociedad. El rasgo característico de la reforma universitaria de Humboldt fue la creación de una facultad de filosofía. Esta facultad sustituyó a la tradicional facultad de artes, pero se distinguió de ella porque se le situó al mismo nivel que las escuelas profesionales de teología, derecho y medicina, y así dejó de ser una mera preparación para los "estudios superiores". Incluso se llegó a decir que la facultad filosófica debía ser "la primera y la dueña de todas las demás". La enseñanza en los diversos campos de la facultad filosófica debía revelar ideas generales sobre la naturaleza humana. Pero la meta filosófica debía lograrse a través de la investigación de un campo en particular según sus principios inherentes. Aunque el objetivo último de la educación y el estudio históricos siguió siendo la obtención de una sabiduría filosófica, la historia quedó establecida como un área de enseñanza independiente. Tal vez aquí podríamos señalar uno de los rasgos en este desarrollo que ha tenido una importancia duradera en la formación del carácter de la historiografía europea, y en especial de la historiografía europea continental: la historia se separó de otros campos pero al mismo tiempo se le concibió como una entidad a la que le incumbía todo lo ocurrido en el pasado. El dominio del profesor de historia fue el del mundo entero del pasado. Al poco tiempo se dio una división cronológica; la historia antigua y la moderna se separaron, y más adelante la historia moderna se dividió en historia medieval e historia moderna. Pero en Europa, en el siglo XIX, el área de competencia del profesor de historia no se compartimentalizó en regiones geográficas particulares o en aspectos especiales de la historia.

El establecimiento de la historia como un campo autónomo de la enseñanza académica es sólo uno de los aspectos institucionales en el desarrollo del saber histórico en el siglo XIX. Otro es la supervisión y la dirección de empresas de investigación de parte del profesor de historia, de nuevo una novedad. Desde luego que las empresas de investigación, las cuales se podían extender a lo largo de décadas y hasta de siglos, y que dieron como resultado un gran número de publicacio-

Las influencias humanísticas fueron las responsables de la elección de los campos con los que estaba conectada la historia. A los humanistas les concernía la historia debido a su valor en la enseñanza de la retórica y de la ética. Así, en las universidades el profesor de elocuencia era también el profesor de historia; sin embargo, la combinación más frecuente y regular era la de la filosofía moral e historia. Se esperaba que en esta combinación la historia lograra lo que desde la edad clásica se tenía como el propósito principal de la historia: instruir a través del ejemplo.



El debilitamiento de los lazos entre la Iglesia y el estado en la época revolucionaria, la expansión de la autogestión, la aceptación del concepto de ciudadanía general, todos estos factores obligaron al estado a asumir un papel más activo en el terreno de la educación e hicieron de las universidades los centros a través de los cuales se inspiraría la lealtad al estado entre sectores cada vez más amplios de la sociedad y a través de esos centros se asimilaría a estos sectores al grupo gobernante.

nes, ya existían desde antes del siglo XIX. En 1607, Rosweyde envió el prospecto para las *Acta Sanctorum*, continuadas celosamente por los bollandistas hasta 1794. También se dieron los diversos proyectos de los mauristas, quien contaron entre los suyos a Jean Mabillon, Edmund Martène y Bernard de Montfaucon, y quienes podían reclamar, con el *Recueil* de Martin Bouquet, el sitio de precedencia sobre todas las colecciones nacionales de documentos medievales. Y cuéntense además a Ludovico Muratori y Thomas Rymer y Georg Friedrich von Martnes, por mencionar únicamente a algunos de los que estuvieron asociados con los proyectos de investigación que florecieron antes de la revolución francesa. Pero los que trabajaron en reunir y editar estos materiales no tenían relación alguna con la enseñanza o con las universidades. A veces eran los bibliotecarios de un príncipe o de un gran señor; eran miembros de las academias; casi todos fueron miembros de órdenes religiosas: los jesuitas, como sucedió con los bollandistas, o los benedictinos, como fue el caso de los mauristas. Estos proyectos estaban atados al Antiguo Régimen y desaparecieron con su derrumbe. La suerte de los bollandistas fue la típica. Con la suspensión de la orden de los jesuitas en 1773, se refugiaron en Bélgica con algunos de sus libros y ahí siguieron publicando infatigablemente hasta que los ejércitos de la convención invadieron a Bélgica en 1794 y terminaron con la obra más antigua y con la más célebre de estas empresas de investigación histórica colectiva.

Era de esperarse que las empresas de investigación histórica se extinguieran en un periodo durante el cual los hombres creían haber triunfado sobre el pasado y que ingresaban a una era completamente nueva, la última. Pero también era de esperarse —e inevitable también— que el tiempo de la revolución fuera seguido por un periodo de concernimiento histórico. Se volvió a poner atención en lo alcanzado en los siglos anteriores. Sólo que para entonces ya no existían ni los hombres ni las organizaciones que habían asumido estas investigaciones. Los únicos agentes lo suficientemente grandes y fuertes para reanudar las tareas emprendidas en los siglos anteriores eran los gobiernos. Esto lo expresa con formidable franqueza un memorándum que Guizot, como ministro de Educación, giró a Luis Felipe en 1835: “En mi opinión, el único que puede realizar la gran obra de publicación general de todos los valiosos materiales inéditos reativos a la historia de nuestra patria es el gobierno. Sólo éste cuenta con los recursos que demanda tan grande empresa”.

El camino de Guizot estaba listo. La Escuela de Chartres se fundó en 1822 para concluir la obra que los mauristas se vieron obligados a abandonar. El movimiento para reanudar la obra de investigación del Antiguo Régimen comenzó en los primeros años de la restauración y la política de ayuda gubernamental para la investigación histórica que tenía Guizot tan sólo representa la culminación de esta tendencia. Sin embargo, al dar su apoyo oficial a la Sociedad de la Historia de Francia, que publicaría todas las fuentes de la historia francesa, Guizot se convirtió en una figura destacada en la conducción de los estudios históricos por rumbos nuevos. Como dijera Augustin Thierry de los logros de Guizot: “A través de Guizot la historia se transformó en una institución nacional”. Un movimiento similar ocurrió en otros países. Los *Monumenta* empezaron como una empresa

financiada por la gente interesada, pero en breve dependió del apoyo del gobierno alemán, y, por supuesto, así continuó. Pero el hecho significativo en la historia del profesor de historia fue que cuando los gobiernos se dieron a la búsqueda de las personas que habrían de dirigir estas empresas volvieron la vista de manera natural hacia aquellos a los que habían empleado para enseñar historia en las universidades. Uno piensa en Leopold von Ranke o en Theodor Mommsen, en William Stubbs o en Pierre Claude François Daunou, uno ve la lista de colaboradores y directores de los *Manumenta*, de la Sociedad de la Historia de Francia, de la serie *Rolls*, y es claro que la enseñanza de la historia y la dirección de las grandes empresas de investigación se unieron entre sí. Esta unión es central y única, característica de los estudios históricos en el siglo XIX.

Si atendemos el estatus de la historiografía antes del siglo XX encontramos tres diferentes canales de comunicación para la expresión del interés en la historia. Estaba la enseñanza de la historia en las universidades, por lo general de una forma auxiliar subordinada, estaban las grandes empresas de investigación que produjeron publicaciones de fuentes primarias, y estaba la literatura histórica escrita por estadistas con inclinaciones literarias, como Guicciardini y Clarendon, o por figuras literarias, como Gibbon. Con el surgimiento del profesor de historia se unieron estas actividades, la enseñanza y la investigación. Por último, el profesor de historia empezó a asumir las responsabilidades relacionadas con la composición de libros de historia, o al menos empezó a establecer los parámetros que habrían de adoptar quienes escribieran historia. Y hasta los que eso hacían —George Grote o Alexis de Tocqueville o Robert Davidshon— emplearon de inmediato los métodos críticos aceptados. El hecho de que en el siglo XIX algunos de los principales historiadores académicos —Ranke y Jules Michelet, por ejemplo— fueran grandes escritores facilitó el impacto del profesor de historia en la enseñanza de la historia. Pero la aceptación generalizada de los patrones críticos en la enseñanza de la historia fue asimismo resultado del creciente impulso que ganó el saber histórico a partir de la combinación de la investigación y la enseñanza. El conocimiento y el estudio históricos no sólo eran indispensables para los maestros del bachillerato y de los liceos; los archivos, al volverse cada vez más importantes, también tuvieron que contar con personal con formación histórica y hubo que cubrir los puestos en las empresas de investigación. Como una empresa cultural llevaba a la otra, las tareas editoriales se multiplicaron y la presentación de resultados exigió de nuevas publicaciones de carácter especializado. La historia se convirtió en una preocupación creciente. La realización de una tarea creaba nuevas tareas. Cada vez se necesitaban más personas preparadas.

Habría que preguntarse si el énfasis que he puesto en los aspectos institucionales del desarrollo del saber histórico en el siglo XIX arroja alguna luz sobre la historia de la historia.

Empecemos por un aspecto pequeño: nadie negará o querrá minimizar el papel crucial y decisivo de Ranke en la transformación de la historiografía del siglo XIX. Pero la situación existente cuando Ranke empezó a tener alguna participación en la vida académica fue en extremo favorable a las innovaciones de Ranke: la situación pro-

La historia se separó de otros campos pero al mismo tiempo se le concibió como una entidad a la que le incumbía todo lo ocurrido en el pasado. El dominio del profesor de historia fue el del mundo entero del pasado.



Con el surgimiento del profesor de historia se unieron estas actividades, la enseñanza y la investigación. Por último, el profesor de historia empezó a asumir las responsabilidades relacionadas con la composición de libros de historia, o al menos empezó a establecer los parámetros que habrían de adoptar quienes escribieran historia.

movió la identificación de la enseñanza de la historia con la formación en la investigación, y ésta, desde luego, es la gran aportación de Ranke a la educación del historiador profesional.

Sin embargo, es importante entender que el creciente interés en el saber histórico en todos los países de Europa en el siglo XIX no sólo se debió a la progresiva difusión de un espíritu histórico en todo el continente, sino también a una competencia de carácter histórico. La historia se convirtió en una institución en Francia así como en los demás países europeos; los gobiernos apoyaron las empresas de investigación y los institutos históricos, y el estatus del saber histórico formó parte de la reputación política del gobierno. Este punto de vista justificó el subsidio del gobierno inglés a la publicación de la serie *Rolls*. La competencia política en las empresas históricas es muy evidente en Austria y Bavaria. Cuando en 1853 el conde Thun le propuso al emperador Francisco José el establecimiento de un Instituto Austriaco para la Investigación Histórica, le explicó que semejante institución era indispensable “por razones políticas e intelectuales”, con el fin de fortalecer la sensación de pertenencia a la monarquía habsburga entre los pueblos y para contrarrestar la influencia de Prusia. Asimismo, la Comisión Histórica de la Academia Bávara sirvió para darle a Baviera una mejor imagen ante el público alemán, así como para ensalzar la postura de Baviera ante Austria y Prusia. El triunfal progreso de la historia no fue únicamente un inevitable proceso intelectual: fue también resultado de una política competitiva.

Un rasgo en particular de la historiografía del siglo XIX podría comprenderse mejor si se le ve a la luz de los desarrollos subyacentes en la fundación de las cátedras de historia. Es notable hasta qué punto los escritos y las expresiones de los historiadores del siglo XIX abundan en reflexiones y juicios de carácter moral; para muchos de estos historiadores la historia del mundo era una arena mundial. Para Friedrich Christoph Schlosser, y más adelante para Jacob Burckhardt, “el poder era malo”. Para Johann Gustav Droysen, la historia pertenecía a esos campos del conocimiento que debían mejorar a los hombres, y el “elemento ético” de la historia era su mejor rasgo. Lord Acton escribió que “es el oficio de la ciencia histórica mantener a la moral como el único criterio importante de los hombres y de las cosas, y el único en el que se pueden poner de acuerdo las mentes honestas”. Se sabe que el siglo XIX fue un tiempo moral; sin embargo, el énfasis que muchos historiadores del siglo XIX pusieron en la relación entre la enseñanza de la historia y las doctrinas morales tenía su raíz en una tradición de enseñanza universitaria, cuando la historia y la filosofía moral se impartían juntas.

En el caso de Burckhardt la influencia de esta tradición es muy evidente. Él deploraba la tendencia hacia la especialización en las universidades. Las conferencias de historia general de Burckhardt debían ser, como él decía, “propedéuticas”, y con ellas no quiso ofrecer a su público un conocimiento especial en determinado campo sino un conocimiento general que fuera útil para sus futuros estudios y para su vida. A Burckhardt no le interesaba trazar el desarrollo de la historia del mundo, sino ofrecer reflexiones sobre la historia del mundo que pudieran ayudar y que animaran a la gente a formar su propia filosofía de la vida.

Claro que nadie tuvo la ansiedad de Burckhardt por mantener con vida las tradiciones, antes que plegarse a las novedades de su siglo. Para quienes acentuaban el potencial moral y ética de la historia, esta visión estaba atada con la independencia que acababan de ganar los estudios históricos, puesto que la idea general que se podía obtener justificaba por sí misma el perseguir un campo de estudio. Bury toca este punto de un modo un tanto evasivo en un pasaje de su discurso: "Es notable que uno de los historiadores ingleses más eminentes en la segunda mitad del siglo pasado, y cuya obra científica fue modelo para los estudiantes, midiera el dominio de la historia con las brújulas de la sabiduría política. Esa inconsistencia ilumina la tenacidad con la que los hombres se aferran a predilecciones incongruentes con el significado cabal de sus propias vidas". El historiador al que Bury se refiere era Stubbs. No obstante que Stubbs fue el primer historiador de la nueva escuela crítica que obtuvo la cátedra *Regius* en Oxford, en su conferencia inaugural y en muchas de sus conferencias estatutarias enfatizó el valor de la historia en la formación de convicciones éticas y de un orden moral de valores. Así, para la primera generación de la nueva escuela de historiadores críticos era evidente la relevancia de su trabajo para la ética, aun cuando ya hubiera acabado la relación institucional entre la historia y la filosofía moral. Para la generación de Bury, carecía de sentido la historia como maestra de valores morales o de convicciones religiosas. Sólo que en el caso de Bury, y a los ojos de muchos de su generación, este rechazo de los objetivos morales del estudio histórico lo compensaba la firme convicción de que en la historia del mundo existía el avance y que el historiador era capaz de dilucidar las leyes de este avance y de ayudar en la marcha ascendente de la humanidad.

Puesto que no creemos en la historia ni como un medio para impartir valores éticos ni para determinar el proceso de la historia del mundo, ¿cuál es nuestra situación?

Aunque no compartamos las opiniones de los historiadores del siglo XIX sobre los fines del estudio de la historia y de lo que podría lograr el saber histórico, seguimos siendo sus herederos en la medida en que somos profesores de historia, y, como tales, hemos aceptado el marco general que se estableció hace más de cien años, es decir, el reconocimiento de la relación entre investigación y enseñanza, el reconocimiento de la necesidad de emplear métodos críticos y el reconocimiento de la importancia de conservar los patrones profesionales. Tan alejados como parecemos estar de los supuestos y de las expectativas del saber histórico del siglo XIX, ciertos aspectos del profesor de historia podrían seguir siendo relevantes.

Uno de ellos es la idea de que la historia es indivisible y que todo lo que aconteció en el pasado pertenece al dominio del profesor de historia. La historia se convirtió en un campo autónomo de estudio porque se reconoció la necesidad de ciertos métodos y procedimientos para estudiar el pasado, pero también porque estos métodos y procedimientos se consideraron aplicables a cualquier aspecto y periodo

El triunfal progreso de la historia no fue únicamente un inevitable proceso intelectual: fue también resultado de una política competitiva.



Si los historiadores queremos que nuestra disciplina sea algo más que una ciencia auxiliar y que siga como un campo autónomo e independiente de estudios, debemos recordar que aislar nuestros temas es sólo una parte de nuestro trabajo; la otra es buscar relaciones, comparaciones y analogías.

del pasado. Antes del siglo XIX, la historia era fundamentalmente una ciencia auxiliar, y como auxiliar de otros campos del conocimiento, la investigación y el estudio históricos siempre estarán vivos —hoy, tal vez, como ayuda para la ciencia política, la sociología y los estudios de área, más que, como en el pasado, para la filosofía moral, la teología o el derecho. Pero si los historiadores queremos que nuestra disciplina sea algo más que una ciencia auxiliar y que siga como un campo autónomo e independiente de estudios, debemos recordar que aislar nuestros temas es sólo una parte de nuestro trabajo; la otra es buscar relaciones, comparaciones y analogías.

Un segundo aspecto del profesor de historia es que se esperaba que la historia no sólo poseyera un conocimiento especial y factual sino también ideas sobre la naturaleza del hombre. Tal vez no nos sintamos con la capacidad para poner nuestra mira tan alto. Pero después de plantear todas nuestras reservas, debemos seguir atentos ante el hecho de que el hombre que actuó y sobre quien se actuó en el pasado es el mismo hombre que actúa en el presente, y que el pasado es un modo —y no el peor de todos— de adquirir el derecho y los criterios para juzgar el presente. Nuestra disposición a ver el pasado como un todo, nuestra disposición a tomar una postura, constituyen nuestra carta de identidad.

La Conferencia Inaugural de Bury, punto de partida de este escrito, está en *Selected Essays* (Cambridge, Inglaterra, Cambridge University Press, 1930), pp. 3-22. Para una revisión amplia de los asuntos que aborda este escrito véase Josef Engel, "Die Deutschen Universitäten und die Geschichtswissenschaft", *Historische Zeitschrift*, 189 (1959), 223-378. Una aproximación fundamental a los desarrollos anteriores al siglo XIX se localizará en Emil Clemens Scherer, *Geschichte und Kirchengeschichte and den deutschen Universitäten. Ihre Anfänge im Zeitalter des Humanismus und ihre Ausbildung zu selbständigen Disziplinen* (Friburgo, Herder & Co., 1927). Mi aportación a *History*, por John Higham con Leonard Krieger y Felix Gilbert (Englewood Cliffs, Prentice-Hall, Inc., 1965), extendió estas investigaciones más allá de Alemania —a Francia, Italia e Inglaterra. También he tratado algunos aspectos de estos desarrollos historiográficos en mi libro *To the Farewell Address* (Princeton, Princeton University Press, 1961), y en mi informe "Cultural History and Its Problems", en *Rapports du Xie Congrès International des Sciences Historiques* (Estocolmo, 1960), pp. 40-58. La tesis de este escrito se basa en estos materiales y publicaciones. F.G.

